

de la Universidad de Poitiers, trató sobre el intelectual y el artista en la Edad Media.

Las transformaciones tecnológicas, así como el empleo de la máquina fueron tratadas por Johan David del «Museum voor de Oudere Technieken» de Grimbergen, y Dietrich Lohrmann del «Historisches Institut» de Aachen, que estudió la cuestión del trabajo manual y la aparición de las máquinas hidráulicas antes del año 1000.

Entre las conclusiones del coloquio destacamos que no hubo una palabra para designar el trabajo en la Edad Media. Esto es muy significativo y, en este sentido, se subrayó la importancia de los trabajos filológicos y semánticos, para descubrir las raíces latinas de las palabras que designan el trabajo en las diferentes lenguas romances: *Labor, laborare, laborator. Otium-negotium. Opus, opera, operatio, operari. Ars, artifex.* Se señaló el interés de otras cuestiones abiertas como trabajo del hombre y de la mujer, trabajo y edades de la vida, trabajo y placer.

Un índice de autores y de obras anónimas (pp. 425-440), y una amplia colección de fotografías de la imaginería medieval sobre el trabajo, cierran este volumen.

Además de su propio valor científico, la publicación de este volumen de actas manifiesta la vitalidad que tienen actualmente los estudios medievales y las ventajas que puede aportar el hecho de realizar un trabajo conjunto, estudiando un mismo tema desde los diversos dominios de la especialización.

M. LLUCH-BAIXAULI

Gérard GENETTE, *Figuras III*, Ed. Lumen, Barcelona 1989, 338 pp., 13 x 18,5.

Es un acierto haber dado a la luz la edición española de *Figures III*, cuyo original francés apareció en 1972 y ha ocupado, seguramente, un puesto de honor en el podium de las obras clave de la teoría literaria sobre el relato, de las últimas décadas. El libro comprende dos ensayos muy desiguales en extensión e importancia. El primero (pp. 9-75) se ocupa de una revisión del estado de los estudios sobre crítica literaria y retórica. Desde mi registro de lectura de la Exégesis bíblica y la Teología (que es también el de «Scripta Theologica»), esta primera parte cae fuera de mis intereses. No, en cambio, el segundo ensayo (pp. 77-327), titulado «Dis-

curso del relato», cuya relevancia para la Hemenéutica general y la bíblica en particular pienso que no puede ponerse en duda. Así lo han estimado ya algunos estudiosos recientes. Por ejemplo, V. BALAGUER, *Testimonio y Tradición en San Marcos. Narratología del Segundo Evangelio*, Pamplona 1990, toma como uno de sus principales modelos de análisis precisamente las técnicas que se desprenden del presente libro de G. Genette. Lo mismo hace A. CAMPOS en su Tesis doctoral *El modo narrativo en los Hechos de los Apóstoles*, leída en febrero de 1991 en la Facultad de Teología de la Univ. de Navarra. Y, con anterioridad, ya Dionisio MINGUEZ había tenido en cuenta a Genette, aunque en mucho menor grado, en su excelente trabajo *Pentecostés. Ensayo de Semiótica narrativa* en Hch 2, Rome 1976, pp., 156-193.

Pero la aparición en lengua castellana de *Figuras III*, deberá llamar, sin duda, aún más la atención de los exegetas españoles.

La peculiaridad del «Discurso del relato» es que se mueve en un balanceo paradójico entre el análisis de crítica literaria de la obra de M. Proust *En busca del tiempo perdido*, aplicando en ella principios teóricos generales, y una cierta deducción de algunos de esos principios generales de crítica literaria, extraídos del análisis de aquella. Pero incluso entre ambas actitudes críticas, Genette reconoce que no ha sabido cuál escoger, porque Proust es, de algún modo, irreductible a principios generales, aunque su obra no puede por menos de estar compuesta de elementos universales. He aquí como él mismo plantea el problema —o, quizás mejor, el dilema—: «Me parece imposible tratar *En busca del tiempo perdido* como un simple ejemplo de lo que sería el relato en general o el relato novelesco o el relato en forma de autobiografía (...): la especificidad de la narración proustiana tomada en conjunto es *irreductible* y toda extrapolación sería aquí una falta de método; *En busca del tiempo perdido* sólo se ilustra a sí misma. Pero, por otro lado, esa especificidad no es indescomponible y cada uno de los rasgos que de ella extrae el análisis se presta a cualquier aproximación, comparación o colocación en perspectiva. Como toda obra, como todo organismo, *En busca del tiempo perdido* está compuesto de elementos universales, o al menos transindividuales, que reúne en una síntesis específica, en una totalidad singular. Analizarlo es ir no de lo general a lo particular, sino de lo particular a lo general» (pp. 78-79).

En esta paradoja se sitúa el ensayo de Genette, que constituye sobre todo un método de análisis literario, con posibilidades de aplicación a *relatos* de otros ámbitos, incluidos los bíblicos. Aquí reside, de un lado, el mérito del «Discurso del relato» y, de otro, la dificultad, aún más, lo irri-

tante que resulta su lectura. Para quien no está algo habituado a los estudios de lingüística moderna, el presente libro puede parecer desconcertante, esotérico por la multitud de neologismos técnicos, rebuscados y maltratantes de las lenguas francesa y española. Sin embargo, es muy valioso. Podría haber sido escrito de otra manera más accesible, pero no lo ha sido y hay que aceptarlo como es, o dejarlo. Desde esta perspectiva —y desde los demás aspectos—, la traducción castellana de Carlos Manzano es muy meritoria.

Dichas estas cosas —que sirven de advertencia preliminar—, «Discurso del relato» estudia diversas figuras literarias, procedimientos, fenómenos muy variados, que son encuadrados en algunos capítulos. Estos son: *Orden* (es decir, ordenamiento del tiempo del relato, pp. 89-143); *Duración* (diríamos que relación entre el tiempo del relato y tiempo real o de la historia, pp. 144-171); *Frecuencia* (podríamos resumir, con riesgo, identificándola con las relaciones entre las veces que sucede algo —real o ficticio— y las veces o aspectos con que se narra, pp. 172-218); *Modo* (originariamente se refiere a los modos del verbo en cuanto expresivos de las valoraciones o diferentes puntos de vista desde que los que se considera la acción, pero en la narratología que propone Genette, el modo viene a ser una de las claves del análisis en cuanto que por el *modo* se expresan los «grados» de afirmación en el discurso; pp. 219-269); y *Voz* (aunque resulta un tanto enigmática, la definiría provisionalmente como la relación de la acción verbal con el sujeto de la enunciación, pp. 270-231).

Las pp. 333-336 contienen un vocabulario de términos técnicos con las referencias a las páginas donde se definen, o se explican o, al menos, se trata de ellos: el A. le llama «Índice de materias»: es útil y, a veces, hasta necesario para guiarse en el peculiar texto del «Discurso del relato». Al final de cada capítulo se concentran las notas y referencias bibliográficas, no muy abundantes pero selectas realmente e interesantes.

En el panorama de la Exégesis bíblica —especialmente de lenguas francesa y española— de los últimos años ha habido una amplia recepción de la ciencia lingüística moderna de corte greimasiano. Ahora se nos ofrece otra perspectiva, me atrevería a decir que, al menos tan interesante o más que aquélla. El tiempo tamizará, desde luego, los resultados de la investigación de Genette. Pero, en el momento presente, pienso que se sitúan entre las aportaciones de la crítica lingüística de la actualidad más valiosas para su aplicación a la Hermenéutica bíblica.

J. M<sup>a</sup> CASCIARO